

“MARTIN FIERRO”, REVISTA, ¿GRUPO O GENERACION?

La publicación del poema *Martín Fierro* no fue sólo un acontecimiento de intensa repercusión popular en la Argentina de la década 1870-80, sino que alcanzó significación literaria desde las postrimerías del siglo XIX y muy honda ciertamente en el nuestro después de las conferencias de Leopoldo Lugones y de los cursos de Ricardo Rojas en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Han transcurrido desde entonces más de cuarenta años.

Pero, volviendo a la década del poema de Hernández, es curioso observar que ya en 1876, antes de publicarse “La Vuelta”, apareció bajo su título un “semanario humorístico, de política, literatura y noticias” que redactaban “tres gauchos baqueanos”. En la Biblioteca Nacional se conservan doce números, que abarcan desde el 13 de agosto hasta el 20 de noviembre del citado año. Quizá con este número murió la publicación. Hojeada hoy, carece indudablemente de interés. Salió a luz para combatir la política de Alsina y en ningún número se encuentra nada que justifique la designación adoptada.

Con el correr de los decenios y mientras se acentuaban en nuestra patria los errores políticos señalados por Hernández, empezó a imprimirse otro de título homónimo en 1904 bajo la dirección de Alberto Ghirardo. Este escritor, tan combativo y combatido, hace totalmente suyo el pensamiento de Hernández y no canta al gaucho en verso, sino en prosa de muy agresivo tono: “Queremos —dice en el primer número— hacer comprender a los pobres, a los humildes, a todos los tristes

que ambulan llevando odio y rencores dentro del pecho sublevado por las injusticias, que una nueva aurora luce el esplendor de sus colores en el horizonte humano, porque ya es un hecho la comprobación de una fuerza desconocida hasta ayer: la fuerza de la solidaridad”.

Acaso este párrafo sintetice los propósitos del grupo de redactores que durante cuarenta y ocho números descubren fallas en nuestra organización político-social. Y no se circunscriben únicamente a considerar dichos problemas, pues en sus páginas acogen cuentos, poesías, y toda clase de colaboraciones literarias, ya de autores argentinos, ya de extranjeros. A partir del N° 33 y hasta el final de su perduración, el semanario man tiene la misma carátula: un trabajador apoyado en un martillo y en una viga. Abajo se lee: “Suplemento semanal de “La Protesta”, diario de filiación anarquista, lo que no le impide usar un lenguaje gauchesco sin ninguna influencia “gringa”. Y sin destacar la posible influencia que pudo alcanzar este grupo de escritores capitaneado por Ghiraldo, está bien claro que su semilla se mezcló con la originaria de Hernández.

Tiempo después, en 1919, otra publicación se apropió del título. Son años duros y los jóvenes asisten a la muy dolorosa “semana trágica”, preciso instante en que irrumpe el nuevo periódico bajo la advocación de una sextina de Hernández:

De naides sigo el ejemplo,
naides a enseñarme viene;
yo digo lo que conviene,
y el que en tal güeya se planta,
debe cantar, cuando canta,
con toda la voz que tiene.

No se da el nombre del director, que al parecer fue Evar Méndez. Salen tres números, que son otros tantos gritos de dolor por lo que ocurre en el país. En el primero José Santos Gollán señala que D. Alfredo Vasena ha sido nombrado Juez de Paz. Es la distinción que el gobierno de Yrigoyen le otorga después de aquella semana trágica. “Y él, Vasena, deberá juz-

gar —si llega al caso— a los obreros y sus familias que actuaron en contra suya al ocupar su fábrica”...

Entre los redactores y colaboradores, citaremos a Leopoldo Lugones, H. Carambat, Leónidas Campbell, Arturo Canelo, Pedro Miguel Obligado, Samuel Eichelbaum, Alberto Gerschunoff, Roberto Martínez Cuitiño, Héctor Pedro Blomberg, Edmundo Guibourg, José L. Pena, Pedro E. Pico, Guillermo Estrella, José María Monner Sans, Arturo González Arce, Isaac L. Perety, Juan Ramón Fernández. Los tres números —marzo a abril del 19— no solamente mostraban una definida postura ideológica, de gente no abanderada en este o aquel partido político o en uno solo de los actuantes, sino que, periodísticamente, definía lo que era capaz de realizar en equipo. Publicación ágil y de buen humor, sorprendió a muchos lectores. Casi todos los diarios recibieron con beneplácito a esta hoja revolucionaria... o semirrevolucionaria.

Años más tarde, en 1924, Evar Méndez volvió a dirigir otra publicación homónima a instancias de Samuel Glusberg, quien en seguida se desvinculó del grupo. Duró este nuevo “*Martín Fierro*” tres años, a lo largo de los cuales se imprimieron cuarenta y cinco números.

Transcurridos veinticinco años de su aparición, el grupo de este *Martín Fierro* festejó el acontecimiento en la Sociedad Argentina de Escritores (S.A.D.E.). Córdova Iturburu leyó una historia del periódico escrita por Oliverio Gironde, con la aprobación de Evar Méndez, Alberto Prebisch y Eduardo J. Bullrich. En ella afirmábase —en presente histórico— que el periódico se había empeñado “en despejar la sofocante atmósfera que lo circunda, mientras congrega a un grupo de artistas y escritores cuya amplitud y contemporaneidad —además de otras peculiaridades— configuran lo que podría denominarse una generación”. Dicho así —sin valorarse el término “generación”— se le aplica el rótulo en nuestro ambiente literario. Y la gente habla y escribe sobre “la generación martinfierrista” o sobre la generación del 24. ¿No ha llegado ahora el mo-

mento de estudiar la colección de *Martín Fierro* para saber si se trata, efectivamente, de una generación?...

Al afirmar José Ortega y Gasset en *Vieja y nueva política* (Madrid, 1914), que cada generación debe precisar su propia definición ideológica, dice: "Sólo entonces será fecunda la labor de esa generación: cuando vea claramente qué es lo que quiere"... Vale la pena guiarse por esta frase del maestro español, quien planteó y examinó tan profundamente el problema de las generaciones en la historia.

De las declaraciones formuladas en el primer número, que firma La Dirección, ha de desgajarse lo siguiente: "Hacemos nuestro el antiguo programa en todo cuanto la actualidad reclama, como acción imperiosa, a la juventud pensante que ha de dirigir, o por lo menos *influnciar* (sic), con su pensamiento o sus hechos *al* (sic) desenvolvimiento de la vida argentina". La expresión "el antiguo programa" nos hace pensar en la continuidad ideológica de este *Martín Fierro* y la del de 1919.

El entusiasmo de los jóvenes recién reunidos y el afán de saber qué es lo que quieren, se advierte en el mismo número, en el suelto titulado "Una tarea", que firma Maître Hyppolite, seudónimo de Carambat. Reconoce el ánimo batallador de cada nueva generación empeñada en desalojar a la que la precedió. Opina que la primera condición afirmativa es la de auto-definirse, aunque no ignora el descrédito que aqueja a la palabra entre escritores y artistas jóvenes. Pero, añade, "lo que el artista puede permitirse el capricho de menospreciar con criterio personal, ha de aceptarlo como base de cualquier grupo o capilla que quiera imponerse". Y da por seguro que los jóvenes de *Martín Fierro* son los indicados para "descubrirnos, descubriéndose". Posiblemente, Carambat pensaba que la definición que seguiría al descubrimiento de sí mismos era algo casi inevitable, aunque "los jóvenes iniciados" no la entrevieran todavía. Dicho esto, véase qué quiso ser y qué logró ser *Martín Fierro* durante sus casi tres años de existencia.

En el primer número, además de las colaboraciones literarias y las noticias informativas, se lee una nota titulada “El quinto aniversario de la semana de enero” y, como subtítulo, “Nuestros cien negros”. Ya podrá colegir el lector que se trata de un comentario sobre la llamada “Semana trágica”. “Entonces surgió de nuevo a la vida pública —dicen— el primer negro del país, fundando, en las comisarías, su Liga Patriótica! La Liga Patriótica, primer baluarte de la reacción conservadora y clerical; padre de la trinidad formada muy luego con la Asociación Nacional del Trabajo y la Gran Colecta (Espíritu Santo)”... Y como colofón del N^o 1 se incluyó la declaración de Haya de la Torre, presidente de la Federación de Estudiantes del Perú y desterrado de su país por el gobierno de Leguía con motivo de su campaña contra la pretendida “consagración de la nación peruana a la imagen del Corazón de Jesús”.

Esta es la promisoría presentación que se complementa en el N^o 2 de marzo del mismo año, dedicado a Unamuno, cobardemente atropellado en España por la pintoresca dictadura de Primo de Rivera. La revista elogia el gesto del gran vasco y fustiga muy justificadamente a Jacinto Benavente por haber aceptado una condecoración del mismo gobierno que vejó a Unamuno. ¿Comienzan aquellos jóvenes a concretar “sus proyectos vitales”?... Sin embargo, si el lector se detiene ante el suelto titulado “Sobre Carnaval”, compruébase que su anónimo autor maneja la sátira burda y afirma que el Carnaval es de “los gallegos” porque éstos son mayoría en los bailes y en las calles y también van dentro de los automóviles, ellos “que merecerían ir arrastrándolos”. Pareciera ya que los jóvenes comienzan “a descubrirse”... aunque no a la manera que proponía Carambat.

El N^o 4 publica el “Manifiesto de *Martín Fierro*”, del cual es autor Oliverio Gironde, pieza desbordante de gracia, escrita para sacudir al público, donde leemos “boutades” al estilo marinético: “*Martín Fierro*, crítico, sabe que una locomotora no es comparable a una manzana y el hecho de que

todo el mundo compare una locomotora a una manzana y algunos opten por la locomotora, otros por la manzana, ratifica para él la sospecha de que hay muchos más negros de lo que se cree"... Y continúa barajando un término despectivo que nuestra "gran aldea" usaba para hablar de los hombres de color. Concluye así: "*Martín Fierro* sólo aprecia a los negros y a los blancos que son realmente negros o blancos y no pretenden en lo más mínimo cambiar de color". La poco feliz comparación demuestra que se parte de la inferioridad moral y mental del negro. Recuérdase inmediatamente la crítica al fundador de la Liga Patriótica, D. Manuel Carlés, que es como institución —bien lo vemos en perspectiva— una primera muestra de pre-fascismo en el país. No se rebate el hecho, pero sí se destaca la coloración de su presidente. Y, sin querer, también ha de relacionarse esto con el concepto que les merece "el gallego" del artículo de Carnaval. Tales correlaciones se establecen al leer el citado manifiesto, pues sostienen "que nos hallamos en presencia de una sensibilidad y de una nueva comprensión, que, al ponernos de acuerdo con nosotros mismos, nos descubre panoramas insospechados y nuevas formas de expresión".

La lectura de este manifiesto confunde al lector actual, si compara sus declaraciones con las del N^o 1 firmadas por La Dirección. Roberto Mariani pondrá "el dedo en la llaga" con un artículo polémico que se titula "*Martín Fierro* y yo", inserto en el N^o 7.

Y es explicable la desorientación de Mariani, ya que las promesas iniciales no se han concretado efectivamente. En este grupo, que se soñaba revolucionario, "falta calor en el entusiasmo y falta rebeldía en la conducta. Seamos justos —agrega—: sobra gracia, sobra inteligencia y es excesiva la imaginación". Pero lo que más daña al íntimo pensar de un rebelde como Mariani, es "el escandaloso respeto al maestro Leopoldo Lugones. ¡Qué gesto si se encararan con el maestro gritándole groseramente de esta guisa: su adhesión al fascismo es una porquería!".

Y se da la circunstancia de que en el mismo número donde Mariani niega el magisterio de Lugones en política social, la Dirección de *Martín Fierro* canta loas al enviado de la Argentina al Consejo de la Liga de las Naciones, no objeta las conferencias que ha pronunciado en la Liga Patriótica y su adhesión a Mussolini y hasta el hecho de haber negado solidarizarse con Unamuno en contra del gobierno español encabezado por Primo de Rivera.

¿En qué quedan, pues, las airadas protestas contra Benavente por haber aceptado una condecoración del mismo gobierno, cuando éste había confinado a Unamuno, si el maestro Leopoldo Lugones “niega solidarizarse con Unamuno en contra del Directorio?”. ¿En qué quedan las protestas contra “el negro” que fundó la Liga Patriótica, si llegan hasta explicarse las conferencias que pronunció Lugones en dicha Liga? ¿Es que *Martín Fierro* no ataca las ideas, sino únicamente a los hombres?...

Mariani continúa: “¿Por qué los que hacen *Martín Fierro*, revista literaria, se han puesto bajo la advocación de tal símbolo, si precisamente tienen todos una cultura europea, un lenguaje literario y una elegancia francesa?”. Advierte, así, la falta de coordinación de los propósitos de la revista con el contenido de cada nuevo número. Además, señala la marcada preocupación por todos los movimientos o “ismos” extranjeros, sin dedicar ni una línea a manifestaciones ya surgidas en nuestro país como consecuencia de los factores netamente argentinos que los produjeron. Todo esto, a pesar del párrafo aquel del manifiesto: “*Martín Fierro* acepta las consecuencias y las responsabilidades de localizarse, porque sabe que de ello depende su salud. Instruido de sus antecedentes, de su anatomía, del meridiano en que camina: consulta el barómetro, el calendario, antes de salir a la calle a vivirla con sus nervios y su mentalidad de hoy”.

Tan poco convincentes son —además de la puntuación— las declaraciones y las actitudes del grupo para los colaboradores de *Martín Fierro*, que éstos se ven obligados a lanzar

“un suplemento explicativo de nuestro “Manifiesto”. En dicho suplemento vuelven a las declaraciones del N^o 1, las firmadas por La Dirección y dicen: “planteamos de sobra la razón del título, sin pensar ni por un instante que pudiera dar, a suponer —como parece haberlo creído el Sr. Mariani— que planeábamos un periódico gauchesco. Nos proponíamos tan sólo “cantar con toda la voz de que fuéramos capaces”. Por simple curiosidad se pueden volver las hojas de la revista para encontrar el párrafo aludido, donde se advierte un tono bien distinto y también palabras distintas a las empleadas en el suplemento explicativo. Antes, en efecto, habían afirmado: “Y este *Martín Fierro* —que gusta la risa y la sonrisa, y tan lírico como idealista, ama el canto— *quiere también, por ser humanamente utilitario, cantando opinar sobre los hechos, las obras y los hombres*”. Se ve que en el primer número no querían “tan sólo” cantar, sino “también” cantar: intenciones bien diferentes, por cierto.

Con la perspectiva que da el tiempo, quizá se pueda afirmar sin mucho riesgo que en ese párrafo está anudado el sentimiento de Mariani. Bien claro resulta que éste no esperó que *Martín Fierro* fuera un periódico gauchesco. En cambio, pensó que saldría a la calle a luchar por el símbolo contenido en el poema epónimo. Sobre todo porque Mariani, además de colaborar y pertenecer al grupo martinfierrista, de la calle Florida, frecuentaba el de escritores que solían denominarse del “grupo de Boedo”.

A partir de la citada aclaración, *Martín Fierro* se transformará en un periódico netamente literario. Tal vez fuera más exacto calificarlo de netamente artístico porque lo literario no constituirá la exclusiva preocupación de sus redactores. Al tomar este rumbo el periódico, Mariani se queja de no haber tenido hasta entonces “donde volcar nuestra indignación, donde derramar nuestra dulzura, donde gritar nuestro evangélico afán de justicia humana”. Su angustia revela que está requiriendo la colaboración de la gente joven del país, que vive alestargada por la aparente bonanza económica y sin palpar de

cerca los problemas sociales que la República debería resolver algún día.

No olvidemos que por ese entonces ya había indicios de fascismo entre nosotros: uno, el de la fundación de la Liga Patriótica, que el propio *Martín Fierro* comentó en su primer número. Otro, el del militarismo, incluso con los inocentes paseos de los boy-scouts por la calle Florida, según leemos también en *Martín Fierro*, N^o 12-13, y donde el autor, Leónidas Campbell, señala amargado la existencia de esa organización, semejante a la de los "scotieros" del Brasil. Pero su voz suena aisladamente y sin eco.

La suerte de la revista —lo repetimos— está ya echada. Será sólo literaria y artística y carecerá de "proyectos vitales". Esta circunstancia impedirá que el grupo o cenáculo pueda convertirse en generación.

Mariani "da por concluída la frívola polémica" en aquel artículo titulado "*Martín Fierro* y yo", que cierra así: "Yo he hablado por mí, con precisión realista y no con vagas ondulaciones futuristas".

A partir del N^o 18 se hace cargo de la revista un directorio compuesto por Evar Méndez, Oliverio Gironde, Eduardo J. Bullrich, Alberto Prebisch y Sergio Piñero. En este número se inserta un artículo firmado por Horacio Linares —léase Alberto Prebisch— titulado "Manuel Gálvez y la nueva generación". El autor dice: "El Sr. Gálvez, en un artículo reciente, trae a discusión un problema que cada generación resuelve a su manera: el problema de las influencias literarias y del nacionalismo artístico. Este escritor perteneciente a una generación alejada radicalmente de la nuestra por sus gustos y sus ideales, reprocha duramente a la actual juventud argentina su apartamiento cada vez mayor de las cosas argentinas, su creciente desapego de los aspectos espirituales y materiales del país, el desconocimiento de su tradición y sus valores intelectuales y —lo que parece herir más dolorosamente la susceptibilidad patriótica del señor Gálvez— sus serviles actitudes disciplinarias respecto a escritores y pensadores europeos".

Más adelante, el siguiente párrafo: “Un paisaje de la patria, una costumbre típica, ciertas características pintorescas de los habitantes de una región, o bien un problema sociológico de interés circunstancial e inmediato —he aquí los temas que alimentaron la literatura pseudo nacionalista— de un discutible valor estético”.

En el número siguiente se inserta la contestación de Gálvez, donde aclara: “Yo no pretendo imponer a la nueva generación ningún ideal, y en otras páginas he dicho lo mismo que el Sr. Linares al comienzo de su artículo. Creo que cada generación debe tener un sentido propio de la vida y de las cosas. Pero hay algunas ideas fundamentales que los argentinos hemos de tener en cuenta, si aspiramos a ocupar un lugar entre las literaturas de valer. Un argentino que quisiese hacer lo mismo que Stendhal, o Proust o Zola o cualquier otro, fracasaría, pues nunca lo haría mejor que esos maestros. En cambio, si observa lo argentino sea en orden espiritual como material, estará, por lo menos, en camino de decir algo que interese al mundo”. Continúa la larga exposición de Gálvez, pero he extractado las líneas de mayor interés y de más contenido. Que pronto refuta Linares, aunque aminorando la fuerza argumental para permitirse, en cambio, asestar a su contrincante algunas estocadas personales. Concluye diciéndole que los dos piensan lo mismo, aunque expresado de manera diferente. Y cuando trata “de ciertas ideas fundamentales que, los argentinos hemos de tener en cuenta si aspiramos a ocupar un lugar entre las literaturas de valer, la generación del Sr. Gálvez se coloca ante las cosas en una posición inestética. Toda pretensión regionalista es incompatible con una amplia y profunda visión estética de las cosas. Es claro que me refiero al regionalismo accidental...” Más adelante, Linares ejemplifica mediante la cita de grandes autores que se han inspirado en ambientes extranjeros, como Merimée y otros.

Si se deja a un lado la argumentación que utiliza cada oponente para defender sus respectivas posiciones, puede inferirse que no se han logrado entender recíprocamente. Gálvez

en ningún instante habla de la obra de arte en sí, arrancada de la literatura y de su medio. Se refiere siempre a una generación y a esa generación le pide "un sentido propio de la vida y de las cosas". Quiere que esta nueva generación argentina viva y se vea vivir al mismo tiempo. En otras palabras, le pide un sentido historicista de su quehacer dentro de nuestra nacionalidad. En cambio, Linares da la impresión de no recoger este indirecto pedido de Gálvez y termina repitiendo un concepto suyo del primer artículo, que algo coincide con otro del propio Gálvez: "El escritor *verdaderamente* argentino sabe que una sensibilidad racial ha de manifestarse tan inequívocamente ante la Pampa nativa como ante una estepa rusa o una landa flamenca".

Comprobamos, pues, que los dos polemistas tenían parcialmente razón. No hay normas inflexibles, rigurosas para la creación literaria, y de ahí que en la historia de la literatura se de tanto lo que pide Linares, como lo que pide Gálvez. Pero Gálvez exige que cada generación nuestra, además de lo europeo, conozca lo netamente argentino para en esto apoyar su inspiración genuina.

El N° 32 de la revista, año 1926, nos depara una sorpresa. Se publica una "Filípica a Lugones y otras especies de anteayer" que firma Leopoldo Marechal. Sorprende que *Martín Fierro* lance a rodar en el ambiente porteño un ataque a Lugones, después de haber proclamado su admiración incondicional por él en los primeros números. Recalquemos que, en el lapso transcurrido, Lugones nada ha variado ni en su concepción poética ni en su postura política. Pero aceptemos como explicable esta reacción del entonces joven Marechal, quien desde 1925 está incorporado al grupo: ¿cómo no negar algunos valores del antecesor que aun actúa?... Es, precisamente, lo que Ortega y Gasset llama "época beligerante" por oposición a la "cumulativa", caracterizada ésta porque acepta los principios sentados por el ayer inmediato. Sin embargo, nos encontramos aquí con esta curiosa circunstancia: dentro del mismo núcleo martinfierrista hay quienes adoptan posturas abiertas

mente contrarias o fluctuadamente discordes. Algo está fallando y creemos que se trata de falta de claridad ideológica, derivada de un pensar zigzagueante, sin rumbo fijo. Y para continuar negando valores, en el número siguiente aparece una "Solicitud" firmada por Leopoldo Marechal, Francisco Luis Bernárdez y Antonio Vallejo, a la cual se adhiere *Martín Fierro*. Encarecen en ella a los Directores de la Revista *Nosotros*, Roberto Giusti y Alfredo Bianchi, que entierren esa publicación mensual para dar nacimiento a otra "de vanguardia"... Dejemos que el lector aprecie en perspectiva, la larga obra realizada por *Nosotros* y la muy efímera de *Martín Fierro*.

A esta época de negaciones estridentes corresponde la citada discusión Gálvez-Linares. Señálese aún el disgusto de Linares por toda la literatura inspirada en el gaucho: "Por eso —dicen— resulta doloroso que en América, donde todas las cosas están en su primer peldaño, nos aferremos a una tradición que no se anima a serlo todavía y nos pongamos a llorar la desaparición de un pseudo-arquetipo o a gemir poemas de ropavejero sobre ponchos, chiripás y otros cachivaches en desuso. En este sentido, *Don Segundo Sombra* de Güiraldes me parece la obra más honrada que se haya escrito hasta ahora sobre el asunto". Sin querer, ábranse una serie de interrogantes: ¿Y el poema de Hernández, el que sirvió para bautizar el periódico? ¿Y *Facundo*? ¿Y *La Guerra Gaucha*? Recorremos ahora las palabras escuchadas en cierta oportunidad a D. Roberto Giusti, hoy decano de la crítica argentina: "Para el grupo de Florida, *D. Segundo Sombra* es la obra más honrada que se ha escrito sobre el gaucho. Pero ¿no será porque es una novela de la pampa escrita por un patrón?... " Y que el maestro me perdone esta infidencia...

Acaso la valoración de Marechal sea achacable al afán selectivo de su conciencia. No se olvide que estos jóvenes desprecian a los negros y a los gallegos. Y no se olvide que también Güiraldes suma a las indiscutibles dotes de escritor, sus finos modales, su buena educación y "el uso del jabón extran-

jero"... que tanto admiraban los autores del "Manifiesto", según su propia expresión.

La falta de definición que aquí destaco en aquel inquieto grupo de jóvenes, les lleva a un serio equívoco con sus cofrades españoles, que —como ya señalé— viven asfixiados bajo la dictadura de Primo de Rivera. En el N^o 42 se lee la invitación que *La Gaceta Literaria* de Madrid formula a *Martín Fierro* para que ésta se identifique con la atmósfera vital de España. "De esta manera —afirmaban los españoles—, Madrid se transformaría en el meridiano intelectual de Hispano-América". Al parecer fue Guillermo de Torre el autor de tal invitación, que obró como revulsivo en los jóvenes escritores bonaerenses. Rojas Paz llegó a decir que las palabras "panamericanismo, latinoamericanismo e hispanoamericanismo ocultan bajo una mala actitud un afán no satisfecho de imperialismo". Nicolás Olivari se despachó contra el hispanoamericanismo de *Nosotros*, asustándose ante el término y sin advertir que la revista de Giusti y Bianchi sólo aspiraba a fortalecer los lazos de unión entre los pueblos de habla española a través de sus diversas manifestaciones artísticas. Pero los jóvenes de *Martín Fierro* se declararon santamente indignados, como sintiendo la patria en peligro... y esto ocurría casi con el canto del cisne de su revista: números 44 y 45 de noviembre de 1927.

Sitúase la publicación de *Martín Fierro* entre los años 1924-27 porque son fechas consignadas en los números que aparecieron y no porque las actividades del grupo pudieran adecuarse exactamente con los hechos importantes que ocurrían en el país. Es que el grupo no estaba demasiado atento a sus "circunstancias", como diría Ortega y Gasset. No a sus circunstancias generacionales y sí de grupo o de cenáculo.

Entre sus artículos hay uno, sin embargo, que podría significar su identificación, siquiera ocasional, con las ideas de la época. Se titula "Acotaciones a un tema vital" y lo firma Sergio Panisse, quizá seudónimo de Sergio Piñero. Apareció en el año I, Nos. 10-11, sep-oct. de 1924, y dice: "*Martín Fierro*

es el reflejo de las nuevas aspiraciones, de los nuevos ideales, de la nueva sensibilidad argentina, de la juventud. Juventud que avasalla y rompe con las viejas ideas cristalizadas desde nuestros orígenes hasta la fecha. Argentina, porque forma ella la personalidad autóctona de nuestra raza, porque plasma en sí el cuerpo espiritual de nuestra idiosincrasia nativa. ¿Cómo? Mastica y digiere el menú que la vieja Europa le presenta. En este proceso "orgánico", su personalidad argentina se destaca tomando lo que le cuadra y le conviene. No como imitación porque no puede efectuar trasplantes, sino como medio de cultura para extraer de ella misma lo que la constituye una raza nueva". Y más adelante añade: "Mi ideal es la vida misma tal como se me presenta. Tal como la siento. Yo soy el mundo! Por más esfuerzos que realice, me es imposible comprenderla, prescindiendo de mí, a través de la robusta Venus del Louvre, o del desprecio cómodo de la vejez de France".

leyendo serenamente los párrafos transcriptos, nótase que, a pesar de ser una juventud tan combativa, demuestra poca originalidad porque se sirve del menú que le brinda Europa. Es un poco difícil admitir que pueda romper "las viejas ideas cristalizadas" mediante tan escasa originalidad. La afirmación del articulista recuerda la fórmula de Ortega: "Yo soy yo y mi circunstancia". No hay luego ni un interrogante que nos dé la pista de alguna íntima inquietud propia. La explicación ha de hallarse en el N° 38 del Año IV, febrero de 1927, en un artículo firmado por Evar Méndez, cuando al hablar "del rol" —así dice— de *Martín Fierro*, declara que la revista aparece casi exclusivamente como un periódico de poetas. Y preciso es aclarar a este respecto, que tampoco en la producción lírica hay indicios renovadores. Son poetas novatos. Pasará mucho tiempo hasta que maduren y demuestren su valer. Salvo Oliverio Girondo y Evar Méndez, los demás comienzan su carrera literaria y apenas con tanteos muy inseguros.

Casi todos los jóvenes del grupo son porteños, viven en la Capital de la República y se sienten los representantes de la entonces aristoerática calle Florida, donde tienen instalada su

sede. Este localismo de barrio céntrico y la falta de conceptos de Nación y Patria que demuestra el grupo, origina la reacción de Roberto Mariani a que antes aludí, quien formula una serie de preguntas relacionadas, precisamente, con el concepto trágico que de Nación y Patria se infiere de la existencia del gaucho creado por Hernández. Si se contraponen estos conceptos con el ya citado artículo de Panisse, puede comprobarse que éste —vocero de la revista— considera que la Argentina carece de horizonte histórico porque nada ha ocurrido en el país hasta la aparición de su grupo. De un plumazo pretende ignorarse cuanto ha acontecido desde 1810. . .

El economista Luis Olariaga, después de visitar la Argentina, había publicado un artículo en la *Revista de Occidente* (Año III, 20 de febrero de 1925). Mostraba cómo todas las fuentes de la riqueza argentina estaban en manos extranjeras. Y deducía que el argentino no tenía tiempo para pensar porque intentaba mantener su elevado nivel de vida canalizando su jornada diaria en dos o tres actividades. El toque de atención era serio y lo advirtió Rojas Paz en el N° 16 de la revista. Pero se trata apenas de un simple artículo periodístico, que careció de eficacia ante la indiferencia de sus cofrades, de Buenos Aires, del país. Lástima grande, porque éste había sido el instante mejor para que el grupo hubiera logrado transformarse en generación. Ahí estaba la llaga a la espera de algún remedio.

Mientras el viajero español cala tan hondo en los argentinos, Antonio Vallejo publica “Criollismo y metafísica” (Año II, N° 27-28, mayo 1926), donde asegura que “nos llevaríamos por delante al metafísico con esta juventud que está sobrando a Europa, con esta gana de ver y sentir, gana que el tango nos devora saboreándonos (porque es el tango el que nos paladea), con este “orgullo ateniense” que me decía Scalabrini Ortiz, de ver desparramarse nuestro centro y madurar su puertad en el sol de la cúpula y la alegría de los rascacielos”.

Ya se ve que abunda la literatura, las metáforas y hasta la cursilería. Acaso ese exceso de literatura los ha inducido a

enfocar hasta su vivir con un lente falso de excesiva retórica. Y por esta razón cuando Gálvez, lo mismo que Mariani, les enrostra su desvinculación con los hechos argentinos y su indiferencia ante aspectos espirituales y materiales del país, interpretan que se les pide una nueva literatura gauchesca.

Y tampoco aciertan cuando, por casualidad, aluden a hechos inmediatos que podrían "hacer historia". Se limitan a sonreír y caricaturizar, por ejemplo, al Intendente Municipal de Buenos Aires... Salvo en un artículo de Campbell "Cosas de mi pueblo y de mi tiempo", Año I, N° 12-13, no encontramos un afán historicista ni crítico ni revalorizador. De ahí que cada vez que sus camaradas desembocan en el tema del gaucho, lo consideran desde el punto de vista literario y no como una realidad humana.

Quizás lo que más singulariza a los martínfierristas sea, desde el punto de vista literario, su "lenguaje". En este aspecto pueden puntualizarse algunos detalles.

Ya se ha mencionado el afán de renovación formal que sienten los jóvenes de *Martín Fierro*. En su búsqueda ansiosa, han tropezado con una serie de escuelas literarias que en Europa florecieron esporádicamente. Entre ellas, el ultraísmo español y el creacionismo franco-americano. Además, se codea con los componentes del grupo Jorge Luis Borges, que según propia confesión aparecida en el N° 3 de *La Nueva Gaceta*, por esa época "él era un poeta andaluz, un discípulo de Cansinos Assens". ¿De España importa Borges esta nueva modalidad? Si hemos de atenernos al juicio del autorizado crítico español Guillermo de Torre, en *Literaturas europeas de vanguardia*, el uruguayo Julio Herrera y Reissig anuncia la concepción propia del creacionismo, aunque ocupaba un segundo plano en la literatura de América debido al auge del simbolismo dariano. Además, son conocidos los puntos de coincidencia entre la poesía de Herrera y Reissig y la de Lugones y ya se vio cómo el grupo de *Martín Fierro* leyó, admiró y luego criticó a Lugones. Comprobaríase así un hecho curioso: mientras los jóvenes colaboradores de la revista creen que ensayan renovaciones

bajo la influencia española, lo hacen en una dirección ya anticipada por la poesía rioplatense de comienzos de siglo...

Al hojear la colección de *Martín Fierro* se desprende que sólo cuenta entonces con un poeta de voz propia, Oliverio Girondo. Los otros son frutos incipientes: Ricardo Molinari, Norah Lange, Córdova Iturburu, Francisco Luis Bernárdez, Leopoldo Marechal, etc. Por esta época, todos utilizan todavía mucha anécdota y poca metáfora, aunque sea sensible su franca reacción contra el modernismo. Y bien se ve cómo estos jóvenes que se creían tan revolucionarios en literatura estaban aún muy a mitad de camino.

Martín Fierro nace y muere bajo la dirección de Evar Méndez. Recuérdense ahora que en el opúsculo publicado a los veinticinco años de la aparición de la revista, se dice que fue Samuel Glusberg quien incitó a Evar Méndez a repetir la experiencia realizada en 1919. Obsérvese, además, que en los números 12-13, oct.-nov. de 1924, se dice qué es *Martín Fierro*. Su núcleo activo está formado por los fundadores: José B. Cairola, Leónidas Campbell, Hipólito Carambat, Córdova Iturburu, Luis L. Franco, Oliverio Girondo, Luis Góngora, Ricardo Güiraldes, Ernesto Palacio, Emilio Pettoruti, Sergio Piñero, Alberto Prebish, Pablo Rojas Paz, Xul Solar, Gastón O. Talamón, Evar Méndez. Y debe recalarse que en esta nómina figuran Campbell y Carambat, compañeros de Méndez en el periódico del año 19. De ahí el tono del artículo de fondo del primer número y el de los números subsiguientes, incluyendo el dedicado a Unamuno. El grupo tantea definirse, pero sólo en los artículos que firman los colaboradores citados. Esta aportación general va disminuyendo paulatinamente hasta desaparecer al poco tiempo de iniciada la revista.

Evar Méndez, el hombre de más edad del grupo, ya que redondeaba treinta y siete años en 1924, es el aparente guía, y lo seguirá siendo hasta el final. Nótese también que Oliverio Girondo durante los primeros números adquiere relieve hasta que en el N^o 4 aparece el manifiesto que, como ya se dijo,

no tiene relación con las declaraciones formuladas en un principio. Es que la fuerte personalidad de Gironde se ha impuesto en el grupo. Pero no tiene paciencia, si bien le sobran condiciones de jefe. Aparece y desaparece del ambiente, quizás al vaivén de sus viajes a Europa. Señálase todavía que éstos sirvieron para obtener colaboraciones y dar a conocer la revista en el exterior. Y cuando Gironde se marcha, continúa Evar Méndez en el lugar que jamás abandonó. Realiza este director un gran esfuerzo, pues cada número ve la luz gracias a su tesonera diligencia.

Otra vez es Alberto Prebisch quien pasa a ser figura de primera fila. Entonces *Martín Fierro* se transforma en un periódico de arte. Más tarde, Gironde organiza "la empresa" y se constituye un directorio con Eduardo J. Bullrich, Alberto Prebisch y Sergio Piñero, además del director Evar Méndez. Y cuando Leopoldo Marechal colabora más asiduamente, combate airadamente a Lugones, sobre todo cuando éste publicó en "La Nación" unos artículos sobre métrica y rima.

Todas estas marchas y contramarchas revelan que no existía en el grupo una idea central o una fuerza amalgamadora. Tampoco un guía aceptado por todos. De visible heterogeneidad el contenido de la revista, donde cada cual publicaba lo que le venía en gana. Se codeaban allí hombres de muy diferentes edades, de muy diversa ideología, de las más disímiles tendencias literarias. En conjunto nada los aglutinaba para una obra común que respondiera a una común "sensibilidad vital".

En un reportaje que Estela Canto hace a Borges en *La Nueva Gaceta* ya citada, del 7 de noviembre de 1949, con motivo de los veinticinco años de *Martín Fierro*, informa la periodista que su entrevistado resta importancia a ese grupo de Florida, al cual perteneció. En cambio, se siente más íntimamente ligado al grupo de Boedo y asegura que no hubo separación entre Boedo y Florida y que todo provino de una broma de Ernesto Palacio (aunque Mastronardi dice que la paternidad de la broma ha de achacarse a Cancela). Continúa Borges asegurando que la polémica fue algo fraguada. ¿Cuál polémi-

ca?... Salvo que se trate de los artículos de Mariani, quien no representaba característicamente a ningún grupo, porque formaba parte de los dos.

Sin embargo, no se puede subestimar la importancia literaria de *Martín Fierro*. En su época fue una revista que daba cabida a todo aquello que la prensa, llamémosle formal, no quería acoger. Y ha de convenirse en que de entre sus colaboradores surgen después relevantes valores literarios, algunos de muy visible importancia. Pero, considerados en conjunto, no constituyen un grupo de pensamiento homogéneo ni expresan modalidades propias de una escuela literaria, ni —por supuesto— forman una generación.

Los hoy hombres maduros que dieron vida a *Martín Fierro* —años 1924-27— no pueden escribir una historia generacional. En lugar de clarificarla, nos la desfiguran, magnificando los rasgos distintivos de aquel grupo muy bullanguero, afecto a veces a cometer mil diabluras. Diabluras de niños mimados.

MARIA INES CARDENAS DE MONNER SANS

Agüero 279, Buenos Aires

